



El remedio santo

María Eugenia Magallón González

*El café hierve en la estufa, es de olla, es de casa.
Secretos de la tía Cuca, guardados en mi taza.*

Las señoras del pueblo cargaban las ollas de comida y derramaban la salsa roja sobre la gran mesa de madera, miles de panecillos se desbordaban de las cestas de mimbre y las olorosas tortillas se

----- El remedio santo. -----

apilaban en servilletas bordadas del mismo color.

Había siete vitroleros de agua fresca: horchata, mango, guanábana, tamarindo, limón, sandía y jamaica; abajo, en lo fresco, estaban los barriles de cerveza y las conservas.

En la cocina, con vestido rosa y delantal blanco estaba la tía Cuca llorando:

- ¡Ayyyyyyyy Díos mío!.. Se quemaron mis frijolitos charros.

Nadie era capaz de ignorar las lágrimas de aquella pobre mujer, mucho menos su hija Licha, aunque se la pasara todo el día coqueteando.

- Ya no llore amá, que los frijoles eran para el altar de muertos, estoy segura que ninguno de los difuntitos va a venir a quejarse.

Limpiando sus lágrimas con el delantal, la infortunada replicó:

- Pero los frijoles no eran para el altar de muertos, eran para los jueces y esos si que están vivos y muy vivos_

Licha se llevó la mano a la boca y dijo:

- Válgame el cielo, pues si amita, pero todo tiene solución, hasta la muerte, sino pregúntele a diosito.

La tía Cuca miró con recelo a su hija y luego exclamó:

- Por tu culpa se quemaron mis frijoles, en castigo los muertos vendrán en la noche a jalarte la patas.

- Ay amacita no diga eso, con unas rebanaditas de aguacate ni quien se de cuenta... ándele mejor váyase a poner los manteles que ya no tardan en llegar los jueces.

La tía Cuca se retiró bastante molesta, mientras Lichita reía nerviosamente:«Espero que no vengan los difuntitos en la noche a jalarme las patas».

En todas las mesas había letreros para colocar en las comidas, los postres y las conservas: guisado de armadillo, patitas de cerdo en vinagre, chongos zamoranos, camarones al ajillo, ate de guayaba, tamales de elote, flanes, jericallas, empanaditas de queso, cajeta, mole, chiles en nogada, frijoles charros...

- ¡Cambiaré el nombre de frijoles charros a frijoles quemados!, uyyyy... si me escuchara mi amá... No capaz que los difuntitos vienen en la noche y ahora sí que me jalan las patas, Ave María Purísima- decía la joven y se santiguaba varias veces.

Un señor de esos que usan ropa zancona, se ofreció a poner los letreritos en las ollas de las comidas y Licha le plantó un beso en el cachete.

De un camión feo y desvencijado se bajó la banda de música del pueblo y todos aplaudieron con gozo: -¡Qué viva la mejor banda del mundo, la de los hermanos González!

Los niños jugaban a la rueda y montaban a los perros como caballos de raza, se creían jinetes, pero estaban tan chaparros los pobres que cualquier perro enano les resultaba caballo, “charritos montaperros” les decía la tía Cuca y luego se ponía a llorar acordándose de sus frijoles charros.

Tomándose un agua de horchata y agarrándose el vientre, estaba el padrecito del pueblo: -Después de esta pieza hago la bendición, no se me vayan.

Resignada a no participar con sus frijoles charros quemados, la tía Cuca se consolaba con su café de olla que hervía en la estufa, estaba suspire y suspire.

A Licha le remordía y se le agujeraba la conciencia, entonces se le vino una idea brillante, salió corriendo hacia la huerta y cortó unos mangos que todavía estaban verdes, daba unos tragotes de saliva cuando les echaba su chilito, su sal y limón: -Estos manguitos si que van a comprar a los jueces.

El padrecito comenzó con sus rezos y bendiciones: - En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo Amén-. Todos fueron rociados con agua bendita.

Los jueces recorrían los altares de muertos y probaban las comidas, en la última mesa estaban los mangos, a punto estaban de dar el veredicto cuando todos se agarraron el estómago: -¡Un sanitario, un baño, un W.C, una letrina, Por Dios traigan por lo menos una bacinica!

- ¿A quién se le ocurrió poner mangos verdes en la mesa, que no saben que producen chorrillo?- decía el padrecito muy enojado y luego movía la cabeza.

Licha estaba escondida abajo de una mesa y se daba golpes de pecho.

- Por mi culpa, por mi culpa por mi gran culpa... ahora si vendrán los difuntitos en la noche a jalarme las patas.

Aquello se convirtió en un festival de entradas múltiples a los sanitarios, tres entraban, dos salían y todos regresaban aderezados con el aroma que flotaba en el aire del exquisito café que hervía en la estufa. Al terminar la cocción la tía Cuca sirvió las tazas y ofreció el cafecito como la cura de todo mal de la cabeza a los pies, pasando por el estómago... ¡Santo remedio! Les cortó el chorrillo al instante, el presidente del Jurado anunció que el Premio iba ser otorgado por unanimidad al Café de la Tía Cuca.
